

Año LXXIX

FEBRERO DE 1936

Núm. 3

BOLETÍN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE CORDOBA



SUMARIO

Carta Pastoral del Excmo. Sr. Obispo con motivo del Santo tiempo de Cuaresma.—Disposiciones para la Santa Cuaresma y cumplimiento pascual.

CORDOBA

IMP. «EL DEFENSOR», AMBROSIO MORALES, 6

Miércoles 26 de Febrero de 1936

AÑO LXXIX



NÚM. III

Boletín Oficial Eclesiástico

DEL

OBISPADO DE CÓRDOBA

Nos el Dr. D. Adolfo Pérez Muñoz,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA, PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA Y DE LA CIVIL DE BENEFICENCIA, ETC., ETC.

Al Excmo. Sr. Deán y Cabildo

de nuestra Santa Iglesia Catedral,
al venerable Clero y Comunidades Religiosas
y a los fieles todos de esta Diócesis,

SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Omnis Pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quae sunt ad Deum, est offerat dona et sacrificia pro peccatis.

Todo Pontífice tomado de entre los hombres, es puesto a favor de los hombres en aquellas cosas que tocan a Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados. (Heb. V, 1).

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:

Estamos asistiendo en los momentos actuales a las rudas y tremendas convulsiones que presiden el albo-

rea de una nueva era. Anhelos de una vida mejor, ansias de una justicia social más perfecta, deseos de una civilización superior mueven en la hora presente las inteligencias y las voluntades con inquietud e intranquilidad, en espera angustiosa de un incierto porvenir. Y para lograrlo se ofrecen dos tendencias bien definidas; se dibujan dos caminos que por distintos derroteros ambicionan llegar a la misma codiciada meta.

Los portaestandartes de esas dos tendencias, los guías de esos dos caminos vuelven igualmente la vista atrás: los unos para clavar los ojos en aquella lucecita de Belén, que lució para los que estaban sentados en tinieblas y sombras de muerte, con el fin de rectificar el camino, siguiendo únicamente sus destellos, como le siguieron aquellos magos de Caldéa, en su largo viaje, en busca del Rey que había nacido: luz bendita a cuyos reflejos se han realizado todos los aciertos de la historia, luz cuyos fulgores iluminaron las glorias de una civilización augusta que supo derramarse por todos los ámbitos del planeta. Los otros para destruir un pasado glorioso y levantar sobre sus ruinas un nuevo porvenir, cuyos cimientos por fuerza han de colocarse sobre las cenizas humeantes de la destrucción, coloreadas por la sangre derramada a virtud del poder de un odio inextinguible.

He aquí frente a frente dos civilizaciones, la primera trae entre sus clamores los ecos suaves de aquel *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los*

hombres de buena voluntad, que tantas lágrimas de emoción ha hecho derramar y tantos dolores ha mitigado, haciendo descender una dulce esperanza sobre las tristezas y penas del corazón. La otra es el eco del blasfemo *Non serviam* que, al resonar en el Paraíso, dió origen a todas las desdichas y a los dolores todos; es la explosión del odio a Dios atizado por la lucha de clases y la guerra perpétua entre los hombres. También ese grito ha hecho derramar lágrimas innumerables, pero fueron lágrimas de dolor, de desesperación, quizás de arrepentimiento baldío, fuente de penas perdurables en las entrañas y de amarguísima tristeza en el corazón.

Espiritualismo y Materialismo, Cristianismo y Comunismo, Roma y Moscú; he ahí los dos luchadores gigantes. Sabe muy bien este último a donde ha de asestar sus tiros, conoce perfectamente donde está la mayor fortaleza del castillo que se asienta en la roca de Pedro y la combate sañuda y encarnizadamente. «Es necesario que combatamos la religión—dice Lenin—este es el abecé de todo materialismo, lo mismo que de todo marxismo. Y la manera más adecuada de combatirla es atacarla en sus representantes vivientes, en sus ministros». Por eso Stalin, sacando la consecuencia práctica de la doctrina de su maestro, prorrumpe con la rabia que le caracteriza, en estas palabras: «El partido no puede guardar neutralidad con aquellos que están atados a los prejuicios religiosos, con el clero

reaccionario que emponzoña la conciencia de las masa-obreras. ¿Hemos aplastado al Clero? Sí, pero desgraciadamente no lo hemos liquidado del todo.»

Toda esta incubación de odios ha germinado y producido malditos brotes en la asociación satánica de los «Sin Dios» que, al pretender borrar y raer de la inteligencia de los hombres la idea del Ser divino, empieza atacando por todos los medios, con preferencia los más innobles e inhumanos, a sus ministros y representantes en la tierra, a sus sacerdotes.

A contener esa horrible avalancha de inmundicia, a contrarrestar ese asolador empuje de odio satánico contra el sacerdote, ha venido providencialmente la Encíclica «Ad Catholici Sacerdotii» de nuestro Santísimo Padre Pío XI, quien desde la cumbre más alta del Sacerdocio, vuelve por la dignidad, por el buen nombre de los sacerdotes católicos, entonando un himno majestuoso a sus prerrogativas y excelencias divinas.

Nos, también, siguiendo el altísimo ejemplo, al ponernos hoy en más íntima comunicación con todos los fieles de nuestra muy amada Diócesis, por medio de esta Carta Pastoral, queremos levantar nuestra voz, al comienzo del tiempo sagrado de Cuaresma, para infiltrar una vez más en vuestros animos trabajando quizás por la continua propaganda calumniosa, la estima de la altísima dignidad del sacerdocio y del ministerio de los sacerdotes, fieles continuadores en la tierra de Jesucristo, Sacerdote eterno según el orden de Melquisedech.

*
* *

La razón y la historia nos demuestra de consumo que el sacerdocio es algo inherente a la propia naturaleza humana. Si remontamos el curso de los siglos para acercarnos a las mismas fuentes de la humanidad; en todas las razas, en todos los pueblos, en todas las tribus, en las organizaciones sociales todas, por rudimentarias que sean, aparece ya el ministerio sacerdotal influenciando la vida y las costumbres de la nación y la familia. A medida que los pueblos avanzan en la senda de la civilización, avanza también la categoría, el rango social de sus sacerdotes, como va aumentando igualmente su influencia en los hombres.

Y es natural que así ocurra: el hombre, al abrir los ojos de la razón, al contemplarse a sí mismo en el centro del templo grandioso de la naturaleza y escuchar «la música callada y soledad sonora de los mundos»—que diría San Juan de la Cruz,—entrevee a Dios en las magnificencias del panorama de la creación, lo admira dueño del universo y lo reverencia como Señor de la vida y de la muerte. Al propio tiempo mírase a sí mismo como una partícula diminuta de la naturaleza, humíllase, anonadándose, reconociendo el supremo dominio de Dios. Más aún: contéplase el hombre a sí propio, pecador, ofensor de la Divinidad enojada y, al verse tan pobre, tan débil, tan miserable, vuelve los ojos en torno suyo, buscando alguien que pueda interceder por él ante ese Dios de majestad y de poder infinitos.

Pero el hombre no es únicamente un ser individual, es también, por imperativo de su naturaleza, un ser social y, bajo este aspecto, no deja de sentir la misma dependencia del Ser Absoluto y se inclina a demostrárselo en una forma real y tangible en el sacrificio representativo del homenaje que le rinde la misma organización social.

Es entonces cuando esa actividad social, consciente de sus deberes y de su culpa ante el Ser Supremo, busca un embajador que, en nombre de todos y reconociendo el poderío dominador de la Divinidad, eleve súplicas, ofrezca dones y sacrificios, venga a ser a modo de doble canal, por cuyo medio suban a lo alto las peticiones de los hombres y bajen a la tierra las gracias del Dios misericordioso. Acertó a expresarlo profundamente el Apóstol en su carta a los Hebreos: *Porque todo Pontífice elegido de entre los hombres es constituido en embajador en los negocios que a Dios se refieren, a fin de que ofrezcan dones y sacrificios por los pecados.*

«El género humano—dice el Santo Padre en su admirable Encíclica—ha sentido la necesidad de tener sacerdotes, esto es, hombres que, por la misión a ellos legítimamente confiada, fuesen conciliadores entre Dios y los hombres, cuya misión durante toda la vida abarcara las cosas relacionadas con la divinidad; fuesen los que ofrecieran a Dios las plegarias, las explicaciones, los sacrificios en nombre de la sociedad, la

cual, en cuanto tal, tiene la obligación de rendir culto público y social a Dios; reconocer en El el Supremo Señor y primer principio; darle gracias inmortales, hacerle propicio y proponérselo como fin último. En verdad, entre todos los pueblos de cuyas costumbres se tiene noticia, para no ser constreñidos por la violencia a recusar y abjurar las leyes más sagradas de la naturaleza humana, siempre ha habido sacerdotes, aun cuando muchas veces estuviesen al servicio de falsas divinidades; y de la misma manera, donde quiera que los hombres profesan una religión; donde quiera que erigen altares, ha habido allí un sacerdote circundado de especiales muestras de honor y veneración».

La humanidad, en sus grandes tribulaciones y en medio de sus alegrías, ha experimentado necesidad irresistible de ofrecer al Cielo un holocausto de expiación o de clemencia, de reconocimiento o de amor. Los más preciados frutos de la tierra, los animales más puros y a veces los más distinguidos personajes constituían estas ofrendas rodeadas siempre de imponente majestad.

La historia del pueblo hebreo es la historia de un sacrificio continuado, que sólo ofrece el sacerdote elegido por Dios en la tribu santa de Levi. Solo él derrama la sangre de las víctimas; solo él penetra al propiciatorio; solo a él es dado presentar, en nombre del pueblo, sus sacrificios y sus votos a la divinidad. ¡Qué magnífica gloria rodeaba el sacerdote en Israel! Cuánto le amaba y respetaba el pueblo!

Con todo, ni los sacrificios ni el sacerdocio de la antigüedad, contaminado también por la miseria de la culpa, no podían satisfacer cumplidamente a Dios. Y la razón es, V. H. y a. h.,—como os decíamos en nuestra Carta Pastoral sobre la Redención—porque entre Dios y la criatura, entre el ser infinito y el ser finito, hay una distancia también infinita, de la que toma su infinidad la malicia del pecado, según el axioma tan sabido de que «la gravedad de la injuria se mide por la dignidad del ofendido».

Hacíase, por lo tanto, necesario un nuevo sacrificio de eficacia propiciatoria infinita, ofrecido por un nuevo sacerdote, santo, impoluto, apartado de los pecadores, que fuera escuchado por el Padre en virtud de su propia reverencia. La Humanidad lo esperaba, como lo exigía también la Majestad divina, incapaz de aplacarse satisfactoriamente con la sangre material de los sacrificios de los animales.

*
* *

Contempló el profeta Malaquías el alborear del nuevo sacrificio; lo vió extenderse de Oriente a Occaso; lo vió salir del estrecho reducto del pueblo israelítico y divulgándose a través de todas las gentes, abolir, con la excelsitud de su eficacia, todos los viejos sacrificios, todos los cultos erróneos, como el sol al salir por el Oriente, disipa las nubes, ahuyenta las sombras, persigue y deshace los vanos fantasmas. ¡Y cómo vibraba de alegría el alma del profeta

cuando contemplaba surgir, cual de las nieblas confusas de una noche de siglos; la blancura inmaculada del nuevo sacrificio, sol de pureza esencial que jamás podía contaminar la impureza terrena de los hombres! No es ya la sangre material de toros y carneros, es la espiritualidad de un nuevo sacrificio que ofrecido una vez cruentamente en la Cruz, muy cerca del templo donde se celebraron los del Testamento Viejo, símbolos y figuras de la futura realidad, y continuado, a través de los siglos, en una oblación incruenta, él solo había de bastar, con su propia eficacia, *ad multorum exhaustiendā peccata, para agotar la malicia de los pecados todos.*

Y llegó, por fin, la plenitud de los tiempos y se hizo presente la realidad que, como futura, contemplara el Profeta; y en la noche de los misterios santos, en la noche de las efusiones íntimas, en la noche de la caridad infinita, de las desoladoras tristezas, de las negras traiciones, adelantose Jesucristo, en las manos divinas el pan eucarístico prefigurado por el maná, para incoar entonces, en la aurora, el sacrificio que había de completar en el Gólgota al pleno mediodía de nuestra redención. La luz de sus miradas elevadas en lo alto parecen entonar y repetir las palabras que en su boca pone el Salmista a su entrada en el mundo: *No te agradaron los holocaustos. como propiciación por los pecados. Entonces dije: Aquí me tienes, puesto que al principio del libro está escrito que he de hacer ¡Oh Dios! tu voluntad.*

Malaquías, en visión futura, alegrábase al contemplar la grandeza del sacrificio. San Pablo, en una mirada retrospectiva se sobrecoge de respeto y vibran de amor sus entrañas al contemplar el sacerdote, y no lo mira coronado con la rica tiara, ni con las hopalandas espléndidas del Sumo Sacerdote judío; gústale más admirarlo, preferentemente, vestido con la miseria de nuestra carne para saber prácticamente de nuestros dolores y saborear la hiel de nuestras amarguras. ¡Con cuánta ternura en el alma prorrumpe en esta exclamación el Apóstol que había sentido las angustias resultantes de la enconada lucha que en nuestra pobre naturaleza sostienen la ley de la carne y la ley del espíritu! *No es el nuestro un Pontífice que no sepa condolerse de nuestras enfermedades, pues en todas ellas ha sido experimentado, exceptuada la culpa.*

Este es Jesucristo Sacerdote eterno, sin predecesor ni igual en el curso de los tiempos. Este es Jesucristo que no usurpó la dignidad sacerdotal, sino que fué a ella llamado con una vocación más excelente que la de Aarón, cuando en aquel momento previsto desde la eternidad, hubo de decirle el Eterno Padre: *Tú eres mi Hijo. Yo te he engendrado hoy. Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquiadech.*

Y así, el sacerdocio no fué en Jesucristo algo superpuesto, algo externo, como lo era en los sacerdotes del Antiguo Testamento, sino algo consustancial a su divina Persona. Porque en el mismo punto, en el ins-

tante mismo que en el templo augusto formado por las entrañas de la Santísima Virgen María, unióse a la pobreza de nuestro ser humano la riqueza, la magnificencia infinita del Verbo divino, en aquel precioso momento, fué ungido Jesucristo con la unión divina del Sacerdocio. Por ello el Apóstol une, en concordancia admirable, la filiación divina de Cristo con su sacerdocio.

Lo hemos dicho antes; el sacerdote es, primero que nada, el embajador de los hombres ante la Majestad divina; el mediador perfecto que, elevando una mano hacia el cielo, enlázase con la altísima dignidad del Rey de las alturas y bajando la otra a la tierra, abrázase con nuestra miseria, haciéndola surgir del polvo y del barro de la culpa en que yacía, para unir en sí, por maravilloso modo, tierra y cielo, debilidad y fortaleza, riqueza y miseria, y lo que es más admirable todavía: culpa y santidad. Pues, ¿cuál otro más perfecto Mediador que aquel en quien, no de un modo moral y transitorio, como en los demás sacerdotes, sino física y permanentemente se unen en una persona ambas naturalezas con unión tan íntima y estrecha que en rigor de justicia pueda decirse: el hombre es Dios y Dios es hombre? Y, ¿cuál otra mediación más perfecta que aquella que al elevarse hacia la Divinidad, como propiciación de la culpa, no es demanda de misericordia, sino exigencia rigurosa de justicia?

Porque así es, en efecto, esta es la consoladora realidad del Sacerdocio de Jesucristo, mediador per-

fectísimo y natural entre Dios y los hombres. Nunca éstos hubieran llegado a sospechar siquiera el milagro, si la bondad de Dios no se hubiera dignado revelárselo. En virtud de la admirabilísima unión hipostática, existen en Cristo dos naturalezas divina y humana, de tal suerte unidas, que puede, merced a la segunda, como cabeza de los hombres sus hermanos, ofrecer sus actos a Dios en propiciación de los pecados de la Humanidad toda, y es la segunda la que dignifica esos mismos actos con tan excelsa dignidad, que equiparan y superan infinitamente los deméritos y la indignidad de la culpa y así, compensada ésta, cancelada rigurosamente la deuda, el Dios ofendido abre sus ojos y mira, como hijos predilectos, a los que antes contemplara como enemigos rebeldes, presto a dejar caer sobre ellos el peso todo de su vengadora justicia.

Y he aquí como en virtud de esta maravillosa eficacia del sacrificio de Jesucristo, no necesita ya el nuevo Sacerdote multiplicar como los antiguos, sus obla-ciones, sino que con una sola agota la malicia de las culpas de todos, puesto que *éste con la oblación de una sola hostia está siempre sentado a la diestra de Dios. Por ello—concluye consoladoramente el Apóstol—puede salvar perpétuamente a los que por su medio acuden a Dios, ya que siempre está vivo y pronto a interceder por nosotros.*

¡Qué aliento tan grande para nuestra fragilidad, para nuestra miseria! ¡Oh, y cómo a la consideración de esta doctrina desaparece el agobio que crea en

nuestras almas la contemplación de tantos obstáculos en los que vemos que fatalmente va a estrellarse nuestra buena voluntad, nuestra constancia! ¡Con qué sentido tan finamente psicológico y en virtud de esta inefable realidad escribía San Juan aquellas palabras impregnadas de ternura: *Hijos, estas cosas os escribo para que no pequéis, pero si alguno por fragilidad pecase, que no desespere, que tenemos de abogado ante el Padre a Jesucristo, el Justo por excelencia. El es propiciación por nuestros pecados; y no por los nuestros solamente, sino también por los de todo el mundo.*

Y allí, en lo alto de la gloria, sentado a la diestra de la virtud de Dios, allí está perpétuamente Jesucristo ofreciéndole su sacrificio, el sacrificio y los méritos de su sacerdocio eterno. Y en ordenado desfile van pasando ante la mirada del Padre todos los actos de la vida del Salvador, aquella vida que podría enmarcarse en dos frases, en dos palabras del mismo ungido del Señor: *Lo he querido Señor y Dios mío*, con que en el principio sin principio de la eternidad, el Verbo de Dios, la sabiduría eterna, ofreciose, con sublime oblación, a restaurar el orden perturbado por la culpa, a sacar y levantar de su mísera abyección a los tristes hijos de los hombres; y aquella otra con que en el agonizar de su vida mortal, como que recopilaba todas las consoladoras realidades de la eterna promesa para decir al Padre desde lo alto de la Cruz, *voce magna, con una gran voz* que resonó poderosamente en

el cielo y en la tierra: *consummatum est, todo está consumado*; llevando a cabo la obra grande entre las grandes de la redención humana. Y entre ambos hechos, entre las dos frases, ¡qué riquísimo fluir de actos divinos, de sufrimientos humanos, de merecimientos del Hombre Dios!

Allí están cristalizadas en riquísimos diamantes las lágrimas divinas de Belén y del Calvario; allí resuenan aún los vagidos de la cuna, los estertores agónicos de la Cruz en el solemne silencio del sepulcro; allí se han recogido las arenas de las playas galileas, mezcladas con el polvo de los vericuetos y senderos de Judea y Samaria hollados por la planta fatigada del Maestro; allí están vivos aún, los desprecios y repulsas de Cafarnaún y de Nazaret, el desamparo de Gethsemaní, el desamor de los discípulos; allí están, finalmente, todo aquél cumulo de insospechadas torturas, de locuras divinas, cuya cifra y compendio es el infamante madero de una Cruz. Y toda esta gama increíble de riquezas propiciatorias, forma parte del único sacrificio con el que Jesús, Sacerdote eterno desde el primer instante de su concepción, está perpétuamente intercediendo por nosotros. Todo ese magnífico holocausto es perennemente ofrecido a Dios Padre por los pecados nuestros. *Todo sí, porque tal convenía que fuera nuestro Pontífice*—dice al Apóstol San Pablo—*Santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más elevado que los mismos cielos. Santo, con la plenitud de la gracia habitual, mayor y más perfecta*

que la que soñar pudieran las inteligencias de los hombres; y santo con la santidad infinita de su increada persona, que partiendo de su naturaleza divina, refluía en la propia naturaleza humana, tornándola immaculada, resplandeciente con los magníficos esplendores de la santidad y como en cierto modo endiosándola.

Rico por ello en propiciación por la infinita dignidad del sacrificio, toda ella la ofrece continuamente por nosotros porque nada necesita para sí propio. ¿Qué como pudo llevarse a cabo este prodigio? Lo resume maravillosamente el Apóstol en las áureas palabras con que cierra el capítulo VII de su carta a los Hebreos: *La ley hace sacerdotes a los pobres hombres que llevan auestas la carga de su debilidad; pero la palabra jurada, posterior a la ley, constituye eternamente sacerdote perfecto al propio Hijo de Dios.*

Pero este nuevo Sacerdote que en virtud de su santidad infinita no quiso ni pudo admitir trato alguno con los pecadores, en cuanto a la contaminación de la culpa, quiso dignarse habitar entre ellos, tolerar en sí mismo todas las miserias del cuerpo, y las angustias y dolores todos del alma. *Exinanivit semetipsum*; el excelso entre todos los sacerdotes; aquel a quien ningún ángel pudo ni remotamente igualar en dignidad, anonadándose a sí mismo, se hizo semejante a nosotros mismos, para saber de nuestra pobreza y experimentar nuestras enfermedades. Y esto, ¿para qué? Para condolerse de los ignorantes y de los equivocados.

dos; para templar el rigor de su justicia como Juez, quiso El conocer la fragilidad y debilidad de los hombres, no solo con la luz de su infinita sabiduría, sino también con la conciencia práctica de haberlas en sí mismo experimentado, para que siempre florecieran en sus labios aquellas históricas palabras: Pues prácticamente he sabido lo que son desgracias, aprendí igualmente a socorrer a los desgraciados. Ese es nuestro Sacerdote y nuestro mediador: *Experimentado en todo, excepción hecha de la culpa*. Cumpliose, pues, a maravilla, la predicción de Isaías: *En verdad que tomó sobre sí nuestras enfermedades y miserias y se cargó con todos nuestros dolores*.

*
* *

Pudiera acaso creerse que, al ensalzarse así el sacerdocio de Cristo y el valor infinito del sacrificio que en la cruz ofreciera, quedaba totalmente desvirtuado e ineficaz el sacerdocio católico y, relegados nuestros propios sacerdotes a un plano muy inferior al de los sacerdotes hebreos. Porque, en efecto, si el sacerdocio de Cristo fué de tal eficacia—como nos asegura el Apóstol—*que agotó la malicia de los pecados todos de los hombres*, ¿a qué los sacrificios posteriores y los nuevos sacerdotes?

Y, sin embargo, lejos de aminorarse, por ello, el sacerdocio católico, de allí arranca, más bien, su dignidad excelentísima; pues que los sacerdotes de la nueva Ley son, en realidad de verdad, *alter Christus*,

otro Cristo, al aplicar a cada uno de nosotros—continuando la obra de Jesús—los frutos particulares de la Redención.

No murió el sacerdocio con el Sacerdote augusto que el Calvario nos muestra cubierto con la púrpura de su sangre ofreciéndose como víctima por el rescate del mundo. Si la antigua Ley tuvo un sacerdocio figurativo que fué como el prelude del sacerdocio del Mesías y cuya virtud estaba totalmente en el futuro mediador prometido, el pueblo cristiano había de ser honrado con otro sacerdocio que recordase, que reprodujese y que perpetuase el sacerdocio de nuestro Señor Jesucristo. A dejar establecida en la tierra esta obra capital consagró Jesús los mejores días de su vida. Tan hermosa, tan grande, tan necesaria, apareció a sus ojos esta obra, que la hizo objeto preferente de sus pensamientos, habló de ella con amor de predilección, trazó sus caracteres con infinita complacencia y la dispuso hasta en sus menores detalles.

Desde los comienzos de su vida apostólica reúne en torno suyo algunos discípulos que serán los confidentes de sus pensamientos y los ejecutores de sus empresas. Los llama amigos y hermanos, quiere que vivan en este mundo y no pertenezcan a él, desea que sean santos, como El es santo, y que tengan la misma gloria; les confía el más elevado de los ministerios; serán los órganos de su palabra y sus embajadores ante los pueblos; les rodea, en fin, tan completamente de su propia majestad, les comunica tan íntimamente su

propia vida, les confiere tan plenamente sus poderes divinos, que no formarán con El más que una sola persona y el sacerdote será con toda verdad y con toda exactitud otro Jesucristo: *Sacerdos, alter Christus*.

Y cuando llega la hora de coronar esta creación sublime: el Sacerdocio; en aquel bendito Cenáculo de Jerusalén que fué testigo, en una misma noche y en una misma hora, de la primera comunión y de la primera ordenación; que vió cómo el sacerdocio y la Eucaristía salían juntos del Corazón de Jesucristo; cual frutos maduros de un mismo amor; que es la cuna de ambos y selló tan estrechamente su alianza, que la Eucaristía se extinguiría sin el sacerdocio y el sacerdocio moriría sin la Eucaristía, al eco de aquellas palabras creadoras de Jesús: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre, haced esto en memoria mía*, se opera en el alma de los apóstoles el cambio más profundo, la transformación más sorprendente, una especie de transubstanciación que los hace divinos, otro Cristo. Porque la palabra de Dios no es un signo fugaz, no es la simple expresión de un deseo; la palabra de Dios crea lo que dice e imprime en el alma lo que expresa. Sería, pues, herejía—dice el Concilio de Trento—el que se atreviese a negar, que por estas palabras, Jesús instituyó sacerdotes a los Apóstoles y sus sucesores.

He aquí el ministerio del Sacerdote de la nueva Ley: hacer lo que Cristo hizo. Revestido de la dignidad de Jesucristo, continuador de su obra redentora,

tomar al hombre débil y manchado, lavarlo con la pureza del agua del bautismo y, si en la lucha cotidiana de la vida cediese a las sugerencias de la tentación y cayese sucesivamente en los abismos de la culpa, una y otra vez hacerle renacer a la vida de la gracia. ¿Cómo? Haciendo que el riquísimo caudal de la sangre de Cristo, fluyendo por los siete canales de los sacramentos, vaya depositando en las almas toda la vida santificante, aplicándoos así los frutos del sacrificio de Jesucristo.

¿Véis, pues, V. H. y a. h., cómo precisamente, según antes indicábamos, de esa superabundancia del nuevo Sacerdote nace la dignidad excelsa de los que no son otra cosa que fieles continuadores de su ministerio? Ya lo dijo gráfica y admirablemente el gran Doctor de la Iglesia San Agustín: «Que bautice Pedro, que bautice Juan, que bautice el mismo Judas, es siempre Cristo el que bautiza». Nada importa la mayor o menor dignidad personal del sacerdote, nada importa su misma indignidad,—¿dónde puede haberla mayor que la de Judas?—donde quiera que el sacerdote obre, como tal, desaparece enteramente su personal significación para no aparecer sino el embajador, el ministro de Jesucristo, que es el principal oferente. Y esto, ¿por qué? Pues porque, como hermosísimamente dicen los santos Padres, los sacramentos fueron «rubentia sanguine Christi, enrojecidos con la sangre de Jesucristo», son obras suyas, dignificada con la valía infinita de todos sus actos, capaces, por sí solos,

para producir instrumentalmente la gracia en las almas de quienes los reciban. *Que los hombres—dice el Apóstol—nos consideren como ministros de Cristo y distribuidores de los sacramentos de Dios.*

Dispensadores los sacerdotes de los dones de Jesucristo, podemos sintetizar en estos tres los puntos cardinales del ministerio sacerdotal: el sacrificio del altar, la enseñanza de la verdad y el cuidado de las almas, y a este triple ministerio corresponden los nombres de sacrificador, maestro y padre que significan toda la grandeza del sacerdocio.

*
* *

En el altar el sacerdote renueva el sacrificio de nuestro Salvador, dando así cumplimiento al mandato suyo: *Haced esto en memoria mía*, con que cerró la solemnidad augusta de la institución de la sagrada Eucaristía. Es el Concilio Tridentino el que nos lo dice: «Porque celebrada la solemnidad de la vieja Pascua que inmolaba la multitud de los hijos de Israel en memoria de la salida de Egipto, instituyó una Pascua nueva al ser El mismo inmolado visiblemente por la Iglesia, por mediación de sus sacerdotes, en memoria de su partida de este mundo al Padre, cuando por el derramamiento de su sangre nos redimió y nos arrebató del poderío de las tinieblas para trasladarnos a su reino. Este es aquel nuevo sacrificio que contemplara Malaquías extenderse de Oriente a Ocaso, dominar en todas las gentes, con cuya celebración sería ensal-

zado el nombre de Dios; este es aquel sacrificio que ninguna iniquidad o malicia de quienes lo ofrecen puede manchar.»

El Calvario recogió, como en inmenso piélago, toda la sangre de Jesús, el altar difunde sobre nosotros oleadas de esta sangre, riega con ella el campo de las almas, lo fecunda y hace brotar, en él, gérmenes de santidad. Nada valdría el surgir de las aguas en la montaña, si el río no las llevase hasta el llano. Así, la inmolación en el Gólgota quedaría ineficaz sin la Misa, la cual lleva sus gracias y las distribuye.

¡Excelsa dignidad la del sacerdote católico! Aquel que, —como dice la Escritura, —vuela sobre las plumas de los vientos, a quienes millares y millares de ángeles le asisten, millares de millones cumplen sus decretos, obedece a la voz de su ministro. El mismo Jesús que nació en Belén queda de nuevo suspendido en las manos del sacerdote, como sobre la cumbre del Gólgota; allí recoge las plegarias, la gratitud y el arrepentimiento de los hombres e invoca al Eterno Padre, como en las horas de su agonía: *Parce domine, parce populo tuo. Perdona Señor a tu pueblo.*

¡Maravilla incomprensible! En presencia de este misterio sacrosanto nuestra inteligencia se confunde; titubean los doctores de la Iglesia y el gran San Agustín, arrebatado de admiración, exclama: «Ni el poder de Dios pudo darnos más, ni su sabiduría supo darnos más, ni su riqueza infinita tuvo don mayor que darnos». «¡Cómo deberían aventajarse en pureza a los

mismos rayos del sol las manos del sacerdote que tocan el cuerpo purísimo de Jesucristo,—observa San Juan Crisóstomo—y qué santos deben ser los labios que se tiñen con la no menos tremenda que dulce sangre del Redentor»!

Y con la oblación continuada del sacrificio, repetición del sacrificio de la Cruz, al poner separadamente bajo los accidentes de pan y vino el mismo cuerpo y la misma sangre que en el Gólgota se separaron a virtud de los mortales tormentos, continúa así mismo el sacerdote los oficios de mediación ante Dios intercediendo por los pecados de los hombres.

Abismo infinito de caridad de Jesucristo, de quien dijo el Apóstol San Juan, que habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, llevó su amor hasta un extremo que ninguna inteligencia creada hubiera podido sospechar; abismo de caridad de Jesucristo que, pudiendo haber llevado a cabo la redención de los hombres con cualquier simplicísimo acto de su vida mortal, quiso, no obstante, ofrecer por ellos los dolores, las angustias, las amarguras, los sufrimientos que, a manera de estrofas gigantes, componen juntas el inmortal poema de la Cruz.

Así también, en la comparación que cabe instituir entre lo divino y lo humano, entre la santidad sin mancha y la fragilidad culpable, entre la riqueza infinita y la limitada indigencia, el sacerdote de la nueva Ley quiere, a ejemplo de su Divino Maestro, inmolarsse en holocausto de caridad por sus hermanos.

El sacrificio de Cristo comenzó desde el momento en que llamado por el Padre, aceptó el tomar sobre sí todos nuestros pecados al unirse hipostáticamente a nuestra humana condición. El sacrificio del sacerdote, ministro y continuador de Cristo, comienza desde el instante en que, dando oídos al llamamiento de Dios dispónese a prepararse cumplidamente para la altísima dignidad que le espera. Y en todos esos años y a lo largo de toda su vida, ¡cuántos sacrificios, cuántas inmolaciones de tanto más subido valor, cuanto más ignorados! ¡Quién podrá conjeturar la serie de dolorosos renunciamientos que habrán de permanecer ocultos en el secreto pudibundo de su corazón!

Y aun en el orden exterior, ¿no puede también decirse del sacerdote, a semejanza de lo que de Jesús dijera el anciano Simeón, que ha sido puesto en el mundo como signo de contradicción? La saña combativa y el odio que en sus almas viles albergan los enemigos de Dios contra el sacerdote asestan principalmente sus tiros: calumnias, persecuciones, difamaciones..., todas son armas lícitas para luchar contra él. Y a cambio de todo esto, del desprecio de unos, o de la conmiseración altiva de otros, habrá de devolver la inmolación perpétua de su caridad, en bien de sus hermanos, orando sin cesar por todos ellos con las públicas plegarias que la Iglesia puso en sus labios. «El sacerdote—dice el Papa Pío XI—continuando en esto la misión de Cristo, el cual pasaba la noche rogando a Dios y que siempre vive para interceder por nosotros,

como público y oficial intercesor de la Humanidad para con Dios, ha encargado y mandado ofrecer a Dios, en nombre de la Iglesia, no solo los sacrificios propiamente dichos, sino también el sacrificio de la alabanza con la plegaria pública y oficial, con salmos, preces y cánticos tomados en gran parte de los libros sagrados ofrece a Dios cada día el debido tributo de la adoración y cumple el necesario deber de influir en la Humanidad, hoy más que nunca afligida y más que nunca necesitada de Dios. ¿Quién puede decir cuántos castigos aleja la plegaria del sacerdote de la cabeza de la humanidad prevaricadora y cuántos beneficios la procura y obtiene?»

¿Veis, V. H. y a. h., cómo en la tarde de primavera, al desencadenarse la tempestad, si aparece el arco iris, huyen las nubes y se serenán los cielos y vuelven las aves a llenar los aires con sus cantos? Pues bien, el sacerdote es este arco iris y, cuando las ofensas de los hombres suben al cielo y Dios se dispone a castigar al mundo con los rigores de su cólera, entonces aparece delante de Dios el sacerdote hermo-seado con los colores de las vestiduras sagradas y el Señor se mueve a misericordia y se acuerda del pacto de su alianza sellada con la Cruz y perdona los pecados de los hombres.

*
* *

El pueblo solía frecuentemente distinguir a Jesús con los nombres de *Maestro* y *Preceptor*, que ca-

racterizan su augusto ministerio y la magna obra realizada durante los años de su vida pública, su Magisterio divino. Ya los Profetas le habían anunciado como Preceptor y conductor de pueblos: *Ecce testem populis dedi eum ducem ac preceptorem gentibus. Ved que le di a los pueblos por testigo, por caudillo y por Maestro a las naciones.* La realidad respondió fielmente a los vaticinios, porque toda la vida del Salvador se cifra, sintetiza y gira en torno de sus divinas enseñanzas. Abrid los Evangelios y descubriréis esplendores de virtud, milagros sorprendentes, maravillosos acontecimientos; pero esas perfecciones, esos milagros y esos acontecimientos forman, por decirlo así, el fondo y los contornos de un cuadro, del cual emerge y se destaca radiante de soberana belleza la figura del divino Maestro, quien muchas veces, desde una lancha a las orillas del Tiberiades, otras en los amplios pórticos del templo de Salomón, ya en la soledad del desierto o en el retiro de una casa, enseña a las turbas o instruye a sus predilectos discípulos completando la ley, cerrando el ciclo de las revelaciones celestes y entregando a los hombres de todos los siglos el Código religioso y moral que había de transformar al mundo. Jesús no rehusa el título de Maestro, antes bien quiere ser así conocido y llamado: *Vosotros me llamáis Maestro y decís bien.* Más aún, se denomina a sí mismo Maestro: *Uno es vuestro Maestro: Cristo,* y de su Eterno Padre es la siguiente solemne afirmación: *Este es mi Hijo muy amado en quien*

tengo todas mis complacencias, escuchadle; y El, a su vez, añade: La palabra que oís no es mía, sino del Padre que me envió, y ella es la realización magnífica del salmo de David. La palabra de Dios franquea la inmensidad de las olas, atraviesa las regiones abrasadas por el sol, conmueve el desierto y disipa todos los obstáculos.

*
* *

Jesús es el Maestro de los maestros, el Maestro de la humanidad, y con este título debía perpetuarse, hasta la consumación de los siglos, en la Iglesia continuadora de su obra y de su misión divina.

Jesús, verbo de Dios encarnado, resplandor de la luz increada, expresión de la verdad eterna, vino a la tierra a dar testimonio de la verdad. Y, al finalizar la carrera de su vida mortal y ascender a los cielos, esta verdad no podía quedar en manera alguna entregada a las fluctuaciones del pensamiento humano, ni al capricho de las interpretaciones de los hombres; no podía ser su fiel custodio e intérprete la pobre inteligencia humana que, a semejanza de esos bajeles que lanzados en medio del tenebroso mar, sin timón y sin remos van flotando a merced de las ingentes olas, hasta terminar por quedar sepultados en el fondo del océano; de esa pobre inteligencia que vaga de un lado a otro entre las sombras de tantas opiniones discordantes, de tan opuestos sistemas, hasta que desesperada de poder encontrar la verdad, se pierde en el crepúsculo de la

duda o en la noche de la ignorancia. No, la antorcha de la verdad predicada por Jesucristo, debía brillar, sin ocasos, ni eclipses hasta el fin de los tiempos, y para ello era indispensable la institución de una sociedad externa, visible e indefectible, que la conservase incólume al abrigo de todo ataque y la propagase transmitiéndola a los hombres de todos los países, de todas las razas, de todas las condiciones sociales, y Jesús instituyó esta sociedad que llamamos Iglesia, confiándola el depósito, la custodia de su doctrina, erigiéndola en maestra infalible de sus enseñanzas y perpetuándose en ella a través de los siglos para seguir enseñando, en ella y por ella, a los hombres, los caminos de la luz, de la verdad y de la vida.

Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra—dijo a sus discípulos al tiempo de partir de este mundo.—Id, pues, y enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; mirad que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.

De donde se sigue, que Jesucristo, en virtud de los poderes absolutos y omnipotentes que le han sido conferidos por el Padre celestial sobre todas las criaturas, envía a los apóstoles a enseñar. Han sido, pues, los apóstoles constituidos en verdaderos maestros; los discípulos deben reclutarse de todas las gentes, sin distinción de edad, de sexo, ni de condición, y han de ser educados en las verdades y preceptos que el divino Maestro ha transmitido a sus Apóstoles, de suerte

que solo se salvarán los que sean bautizados y creen y practiquen lo que los apóstoles enseñan. No cabe, por consiguiente, otra instrucción moral ni religiosa que la que den los Apóstoles, únicos depositarios de la verdad. Esta misión no es para ellos solos, sino para cuantos legítimamente les sucedan en este ministerio; y como garantía del éxito, para que no desfallezcan, ni vacilen, ni yerren en este cometido, Jesucristo les promete su asistencia continua, su presencia perpetua hasta su segunda venida, hasta el fin del mundo.

Sólo admitiendo esta misión divina, esta asistencia sobrenatural, estos poderes supraterrénos, superiores a todo poder humano, sólo así se explica que aquellos humildes pescadores del lago de Genesaret, que no habían salido nunca de su patria, que no conocían más que los montes y los valles, los ríos y los lagos de Judea y Galilea, que jamás se habían puesto en contacto con los sabios y los poderosos de su tiempo; aquellos hombres, de suyo tímidos, rudos, ignorantes, pusilánimes, que humanamente considerados eran nada y nada podían, según la expresión gráfica de San Pablo: *ea quae non sunt elegit*, sin más armas que el Crucifijo, escándalo para los judíos y locura para los gentiles, sin otro salvoconducto que su fe, ni otra perspectiva que el martirio, de pronto inflamados por un entusiasmo que los transporta, los arrebatada y los saca fuera de sí, se lanzan a la conquista de las naciones en lucha abierta con las ideas, sentimientos y costumbres de su tiempo, con los prejuicios de raza, con las reli-

giones entonces predominantes, y con una predicación que, humanamente considerada, era un absurdo, con una elocuencia que, literariamente juzgando, parecía bárbara, aquellos hombres que se glorian de su ignorancia y de su pobreza, que arrastrara una vida miserable, que anatematizan los placeres y las alegrías del mundo, que sienten sed del suplicio y ansían morir en un patíbulo como el Jefe a quien predicán, invierten los polos de la civilización, dan nuevo giro a las ideas, cambian radicalmente los sentimientos de la humanidad, infunden aspiraciones nuevas hacia un mundo superior, espiritual y divino, a los que hasta entonces sólo tenían ojos para mirar a la tierra; abren nuevos derroteros de luz, de amor y de esperanza a los que se veían envueltos en obscuridades, ruinas y miserias, y logran que el mundo pagano caiga de rodillas abrazado al pie de la Cruz y adore, como a Dios, al mismo que días antes había colgado en un patíbulo, como a un impostor.



Esta fué la obra de los Apóstoles fieles al mandato del divino Maestro y esta sigue siendo la obra de sus sucesores los sacerdotes, fieles continuadores de este precepto divino. La verdad que los Apóstoles, al dispersarse por el mundo, en torno de la Cruz aún ensangrentada, juraron enseñar, es exactamente la misma que, al través de veinte siglos, viene enseñando el sacerdote. Jamás ha dejado de ser en el mundo el

propagador de la luz que Jesús trajo a la tierra. Y, en tanto que las enseñanzas humanas se suceden y destruyen las unas a las otras, en tanto que un silencio sepulcral rodeó aquellas cátedras en que, durante largos años, la elocuencia, la poesía y la historia excitaban aclamaciones de las turbas admiradas; cuando, después de tantos estudios y tanta gloria, apenas quedan vagos recuerdos y perdidos nombres, sólo la enseñanza católica del sacerdote se levanta sobre esas ruinas. Y es que el sacerdote enseña siempre y ese ministro de Cristo, cualquiera que sea, reuniendo en torno suyo una escuela que jamás pasa de moda, perpetúa la paráfrasis secular del *Credo* de los Apóstoles.

Sólo el sacerdote católico puede decir: La doctrina que yo os predico no es mía, no vengo yo a exponeros sabias teorías, ni sistemas ingeniosos soñados en mi cuarto de estudio. Nó, yo no hablo en mi nombre. Unido al Obispo de la Diócesis y por él a la cátedra de San Pedro, el sacerdote se presenta como el eco de la voz divina que resonó en Judea, hace veinte siglos, voz que él tiene la misión de repetir, a través de las edades, llevándola de ciudad en ciudad, de casa en casa hasta los confines de la tierra.

Desde la cátedra de la verdad habla, *sicut potestatem habens*, como un infalible oráculo de la verdad eterna. Si hablase en nombre propio, podrían discutirse y aun rechazarse sus enseñanzas porque ningún hombre tiene derecho a imponer sus opiniones a sus semejantes. Pero es Jesucristo el que por sus labios

habla: *Quien esta voz oye, oye a Jesucristo, el que la desprecia, desprecia a Jesucristo.* Estas son sus credenciales ante el pueblo cristiano.

«En medio de los errores—dice sabiamente Pío XI—que produce el pensamiento humano, ebrio de una falsa libertad contra toda ley y todo freno, en medio de la corrupción espantosa de la malicia humana, se yergue, como el faro que con sus luces, durante la noche, dirige el curso de los barcos, la Iglesia de Dios que condena toda desviación a una parte o a otra de la verdad, y que indica a todos y cada uno el camino directo que deben seguir. ¡Y ay de nosotros si este faro, no ya se extinguiese—lo que es imposible por las promesas infalibles sobre las cuales se basa—sino que llegase a impedir que difundiera su radiante luz. Vemos ya con nuestros ojos dónde ha conducido al mundo el haber rechazado soberbiamente a la divina revelación y el haber seguido bajo el aparatoso título de ciencia, falsas teorías filosóficas y morales. Pues si aún no se ha deslizado todavía por la pendiente de los errores y de los vicios a lo mas bajo y abyecto, esto se debe a los rayos de la verdad cristiana que se han difundido siempre por el mundo. Así, pues, la Iglesia realiza el ministerio de la palabra que le ha sido confiado, por medio de los sacerdotes, distribuidos sabiamente en el mundo, para que sean infatigables predicadores de la buena Nueva, la única que puede defender la civilización y conservarla inólume».

Labia sacerdotis custodient scientiam. Los la-

bios del sacerdote guardarán la ciencia. El sacerdote, no solo debe enseñar, sino defender la verdad. Tal ha sido su tarea desde el nacimiento de la Iglesia, defensa constante y ardiente contra la ignorancia y la barbarie, contra el error y la maldad. Mil veces la herejía, irguiendo la cabeza, ha intentado obscurecer nuestras enseñanzas divinas y otras tantas el sacerdote ha descendido a la arena del combate; armado con la espada de la verdad y tras de varios siglos de especulaciones atrevidas contra el sagrado depósito de la Iglesia, la unidad de su doctrina aparece mas bella y esplendorosa que nunca. Y mientras ella permanece inmutable e invencible, los sistemas de los distintos herejes cayeron, a los golpes de ariete de San Agustín y demás Santos Padres y teólogos eminentes, como hojas de otoño sin sabia, desapareciendo, cual fugaces meteoros que relumbran un día y se hunden en seguida para siempre en las sombras de la nada.

Muchos siglos hace escribía el mismo San Agustín: «Mientras la Iglesia esté acá abajo, y el trigo se halle mezclado con la paja y las espigas con la cizaña... no han de faltar enemigos que exclamen: ¿cuándo morirá y perecerá su nombre? Esto es, vendrá tiempo en que se concluyan y ya no habrá más cristianos, pues como empezaron en algún tiempo, de la misma manera vivirán hasta cierta y determinada época. Mas acontece que los que tal dicen, van muriendo sin cesar y la Iglesia permanece predicando el poder de Dios a todas las generaciones sucesivas». La His-

toria ha confirmado día tras día las palabras del sabio doctor de Hipona,



Es un hecho innegable, único en la historia, que Jesús ejerció, ejerce y ejercerá una atracción extraordinaria, misteriosa e irresistible sobre la humanidad entera. Hace ya tantos siglos que están los hombres contemplando esta figura excelsa, con veneración los más, con admiración casi todos, a lo menos con curiosidad, atraídos, subyugados por este hombre incomparable. Y hoy no sólo los católicos, sino los incrédulos, siguen contemplando a Jesús de Nazaret y consagrando a su honor lo más noble y exquisito de la ciencia moderna, Y es lo más admirable que los sabios incrédulos desconcertados ante el enigma para ellos indescifrable de la personalidad de Cristo, se sienten, sin embargo, fascinados por su dulcísimo influjo. ¡Cuántos de los que en El no creen, al verse a solas, en momentos de turbación o de amargura, con la imagen sangrienta del Mártir, se conmueven y lloran! ¡Cuántos encenagados en el vicio o en el crimen desafían sin rubor todas las miradas y no pueden sufrir, sin inmutarse, la dulce mirada de aquellos ojos divinos velados por la agonía!

¿Cuál es la causa? Muchas son las causas de este fenómeno maravilloso, pero no puede dudarse que una de las más poderosas son los atractivos morales de Jesús, los encantos inefables de su corazón y, sobre todo, su amor para con las miserias, infortunios y des-

gracias humanas. *Pertransit benefaciendo*—ha dicho con solemne expresión el Evangelio—pasó, por la tierra, haciendo el bien, practicando siempre el bien, fué el Justo por antonomasia; a ningún hombre ha calificado así la humanidad.

Sí, Jesús amaba y amaba con afecto cordial, íntimo, tierno. Desde Belén, donde lloraba en el pesebre, a Nazaret, donde crecía en atractivo cada día, hasta el Calvario, donde vertió su sangre, Jesucristo nos da, sin interrupción, y en grado perfectísimo, prueba de su amor y su ternura.

¿Qué impresión hay comparable a la que nos produce cuando se conmueve, se enternece y llora a vista de las lágrimas de una viuda que llora la muerte de su hijo único, o de Marta y María que lloran la muerte de su hermano Lázaro ¿Y, qué escena de amor la de Jesús llorando sobre Jerusalén? El corazón de Cristo, transido de dolor, prorrumpe en aquellas palabras llenas de infinita ternura y melancolía, al divisar con luz profética desde las cumbres del monte Olibete la ruina de la Capital de su patria. *¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los enviados del Señor! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a los polluelos bajo sus alas y no has querido!* Y a Jesucristo le temblaba la voz y se arrasaban en lágrimas sus ojos, al ver cómo su patria, su raza, la ciudad, el templo, aquel templo, admiración de los extraños y orgullo de su pueblo, ruedan al abismo envueltos en los escombros del deicidio.

Su vida entera fué un latido de amor, de amor a los que sufren. ¡Con qué dulcísima bondad los atraía hacia sí! *Venid a mí todos los que andais trabajados y agobiados, que yo os aliviare. ¿Por ventura puede una madre olvidarse de sus hijos? Pues si ella pudiera olvidarse, yo, al menos, no me he olvidado, ni me olvidare de vosotros. Venid, pues. Yo haré correr la paz sobre vuestras almas, beberéis la dulce leche de mis consolaciones; como una madre acaricia a sus hijos, así os acariciaré yo; os llevaré sobre mis rodillas y entre mis brazos como una madre.* Y lo que decía con sus labios lo confirmaba continuamente con sus obras y ¡qué obras tan llenas de amor y de dulzura! La repetida multiplicación de los panes, la curación de tantos ciegos y mudos, la salud restituida a tantos enfermos, y tantos otros prodigios realizados en favor de todo linaje de mis erables, predicaba a cada paso la tierna bondad de aquellas piadosas entrañas.

Amor para con los humildes: Cristo tuvo sus delicias en vivir entre los pobres y los pequeños y se gozaba en llamarles sus hermanos. Amor más admirable aún para con los pecadores. Las bellas imágenes del piadoso Samaritano, del Buen Pastor que toma sobre sus hombros la oveja perdida; del Padre bondadoso que acoge al hijo pródigo y celebra con banquetes y músicas su vuelta, serán siempre el consuelo de todos los afligidos por la culpa y el bálsamo de todas las heridas del corazón.

*
* *

También el sacerdote ha heredado de Jesucristo este amor y esta abnegación sin límites para con la humanidad doliente. Sacrificador y apóstol, el Sacerdote aparece también entre los hombres como mensajero del perdón, de la vida y del consuelo, como compañero y alivio del hombre en sus desgracias. Con la ordenación que le consagra sacerdote, recibe un carácter sacramental de sublime paternidad. No hay individuo ni sociedad que no haya encontrado siempre para cada necesidad un remedio y para cada infortunio un consuelo en el corazón paternal del sacerdote. El nos acompaña siempre como nuestro mejor amigo, no solo cuando la prosperidad nos sonríe y las auras suaves de la fortuna nos acarician, sino más, si cabe, en esas horas de tristeza y de amargura en que se siente como desplomarse el cielo sobre nosotros y el hielo de la soledad pesa sobre nuestros corazones como la losa fría del sepulcro.

Apenas nace el niño envuelto en sombras de muerte, y sus primeras lágrimas las recoge el sacerdote. Baña su frente con el agua de la gracia, le inspira una nueva vida, convirtiéndole en templo de la adorable Trinidad. El coloca en sus puros labios, al alborear los primeros destellos de su razón—el día de la primera comunión— el pan de los ángeles hecho alivio de caminantes, para que marche con paso firme y seguro a través del áspero camino de la vida, hasta llegar a los collados de eterna luz. El recibe la confesión temblorosa de sus faltas y las promesas nacidas de su do-

loroso arrepentimiento. ¡Cuántas veces el hombre, como la Samaritana del Evangelio, cargado con el peso de sus crímenes que le abruma, se acerca al pozo de Jacob, símbolo del confesionario, donde encuentra un amigo que a la vez que descubre sus heridas, le aplica un bálsamo divino, le devuelve, junto con la salud, la paz y, al levantarse de sus pies, anegado en lágrimas, se dice. *Verdaderamente es un Profeta, es el verdadero Mesías.* El es quien bendice la formación de la familia y conserva en ella siempre viva la llama santa del amor. El, en fin, cuando llega para nosotros la hora de dar nuestro último adiós a la escena de este mundo, en medio de las lágrimas y del dolor desgarrador de la partida, después de derramar las divinas aguas del perdón sobre las tempestades de nuestra vida, mientras nuestros mismos deudos, tal vez, nos abandonan para hacer el recuento de la herencia, adormecerá nuestro último sueño desgranando dulcemente a nuestros oídos esta estrofa consoladora de inmortal esperanza: «Partid, alma cristiana, partid de este mundo, en nombre de Dios que os ha creado, y que os ha redimido. Que hoy sea vuestra morada allá en la celestial Sión; que salgan a recibirlos los ángeles y el Senado glorioso de los Apóstoles y el purpurado ejército de los Mártires, y el coro immaculado de las Vírgenes. Cristo mismo, en fin, se os aparezca y os reciba en el ósculo de la paz».

El sacerdote es el civilizador de la barbarie salvaje. Contemplad a esos intrépidos mensajeros de la bue-

na Nueva, que vuelan—con riesgo de su vida—a todos los continentes, a todas las playas y cruzan todas las sendas del Océano a fin de ganar las almas para Dios y para la civilización. El Oriente les ve plantar sus tiendas, a par de las del árabe errante; el Africa regar con sus sudores los ardientes arenales; la América descender por sus ríos y abismarse en sus sombrías selvas; la Oceanía recorrer, una en pos de otra, sus remotas islas; la China enrojecer con su sangre su inhospitalario suelo. Nada las detiene, ni la distancia de las regiones, ni las tormentas del Océano, ni la ferocidad de los bárbaros, ni la perspectiva del martirio y de la muerte.

El sacerdote es también el regenerador de la barbarie ilustrada; solo él puede tornar a la vida a esas naciones a las cuales el escepticismo y la impiedad han cavado el sepulcro. Inútil es que los estadistas inventen nuevos sistemas políticos y cambien y modifiquen de mil maneras las formas de gobierno.

Desaparecen los imperios, se hunden las naciones, se pierden los pueblos, no por falta de progresos materiales, ni por defecto de riquezas y de medios económicos, sino por la abundancia y fecundidad de sus vicios, porque estos pertenecen al hombre terreno y es una ley necesaria que debe tornar al barro lo que del barro se fabricó. Solo en manos del sacerdote están las esperanzas del porvenir y los preciosos gérmenes de la regeneración social. Centinela avanzado del ejército de la fe, derrama entre las muchedumbres las

creencias religiosas, las ideas morales, las nociones del deber, columnas del orden público y amparo de la libertad individual. El sacerdote representa en el seno de la humanidad a Jesucristo que vale tanto como decir que representa todos los principios de la paz, del orden, de la justicia y de la seguridad pública.

He aquí, amadísimos hijos, lo que hace diez y nueve siglos viene haciendo el sacerdote, recogiendo con frecuencia, como hemos dicho, una negra ingratitud. Hay quienes clasifican su desprendimiento, de interés y de ambición. ¡Interés! Abandonar la familia, negarse a cuanto halaga los sentidos, ponerse al servicio de la humanidad que le recompensa con odios, persecuciones y sarcasmos... ¡Ah, por mucho que pueda el interés, no es capaz de inspirar tan sublimes sacrificios. ¡Ambición! Sí, pero no de dignidades y de honores, de riquezas y de placeres, sino ambición eterna de las almas para alumbrarlas, del sufrimiento para endulzarlo y de las lagrimas para enjugarlas.

Mirada a la luz de lo que vamos exponiendo, ¡cuán injusta aparece la conducta de aquellos que ligeramente censuran con tanta acritud a veces al sacerdote católico! Por ello, precisamente, ha de repetir con la misma amargura en la soledad de su abandono a los pies de Cristo Sacramentado en el retiro del tabernáculo las doloridas palabras que pone el Salmista en boca del Salvador: *Si mi enemigo hubiese maldecido de mí, lo hubiera tolerado, pero que lo hagas tú que te dices mi amigo...* Ciertamente que si un

momento se detuviesen a reflexionar consigo mismos y echasen de ver que la vida del sacerdote es, en el ejercicio de su ministerio, una inmolación perpetua en favor de sus hermanos, cuanto más piadosos no serían en sus juicios sobre él, en la propia estima de sus virtudes.

*
* *

Es algo anejo al sacerdocio este vivir inmolado continuamente en el altar del cotidiano sacrificio. Dice San Pablo que, *sin derramamiento de sangre, no hay remisión*. Por eso los sacerdotes de la ley antigua rociaban con la sangre de las víctimas, no solo el altar y el templo, sino al pueblo y hasta el libro sagrado de la Ley. Y así el Pontífice eterno, Jesucristo, apenas se presenta al mundo, comienza por derramar, no la sangre de los corderos y becerros, sino su propia Sangre y, de conformidad con esto, los sacerdotes de la nueva Ley, a semejanza de la Víctima que se inmola diariamente en el altar, debemos derramar nuestra propia sangre y llevar sobre nuestros hombros la cruz, como signo y garantía de nuestra virtud redentora.

Jesús nos profetizó que nuestra herencia sería las maldiciones del mundo y las persecuciones de los hombres: *Os envío como ovejas en medio de los lobos... Si a mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros... No temáis a aquellos que pueden matar los cuerpos, mas no las almas.. Herirán al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño. Y*

no necesitaba el divino Maestro leer en el porvenir; en sus mismas huellas se deletreaba la huella que seguirían sus ministros. Pero, al mismo tiempo que anuncia los peligros, promete categóricamente su asistencia para afrontarlos y vencerlos: *He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.*

Si nos fuera dado sondear el corazón de cada sacerdote, allí encontraríamos muchas heridas que manan sangre, muchas espinas clavadas por la ingratitud, por la insidia o la calumnia, y nos asombraríamos de ver tantas superficies serenas, como un lago, y en cuyo fondo se encierran revueltas tempestades. Y, ¿qué menos podía hacer el sacerdote para agradecer a Dios la infinita bondad de haberlo alzado del polvo de sus miserias a la más excelsa dignidad? ¿Qué menos podía exigir de sus ministros la Víctima que diariamente se inmala en sus manos? Y, ¿qué menos podía reclamar de sus pastores la santa Iglesia que les ha confiado la custodia de las almas y la defensa de la verdad?

En las empresas meramente humanas, el éxito depende no tanto de las cualidades morales de los que en ellas intervienen, cuanto de su ciencia e ingenio. No acontece así en el ministerio eclesiástico. En él, el éxito va en pos de las grandes virtudes, no de los preclaros talentos. Sacerdotes hay que poseen tesoros de luminosa ciencia, disponen de los secretos de la elocuencia, manejan, a maravilla, el arte de agradar a los auditorios, de arrancar fáciles aplausos, de dominar a las turbas y, con todo, llegan al término de su vida sin

haber realizado cosa digna de memoria, sin haber contribuido con notable provecho al bien espiritual de sus hermanos. Y es que esas son armas naturales y todas juntas no llegarán jamás a salvar una sola alma, *Prophetæ fuerunt in ventum locuti*--dice el profeta Jeremías--; *fueron profetas que hablaron al viento*, porque esta es una victoria de orden sobrenatural, *et hæc est victoria quæ vicit mundum, fides vestra*.

Otros, en cambio, hemos visto que destituidos de todo recurso humano, han ejercido una acción eficaz y poderosa, han removido los pueblos y renovado, en poco tiempo, las parroquias, las ciudades y aun las provincias enteras. ¿Por qué? Porque para conducir las almas a Jesucristo, es preciso un arte que no se enseña en las aulas, no se aprende en los tratados de elocuencia, sino solo en el Corazón del Maestro que nos enseña el arte de comunicar lo divino, la unción sagrada que penetra en la interioridad de las conciencias, juntamente con la gracia del Señor que *arranca y destruye, edifica y planta*.

Jesucristo mismo fué la prueba de esto: había predicado con elocuencia del todo divina. ¿Quién poseyó nunca como El el arte de convencer, de excitar y de ganar almas? Poseía en un grado de infinita perfección el talento de la palabra, la habilidad en la dirección, el esplendor de los milagros; empleó estos recursos durante tres años con celo incansable; ¿qué consiguió?, ¿cuántos y cuáles discípulos pudo reunir en torno suyo? pocos muy pocos, y aún entre ellos algunos le aban-

donaron después de haberle seguido bastante tiempo. Pero sufre, muere en la Cruz y todo cambia de aspecto. La voz de su sangre y el grito de sus dolores atraen hacia sí a las almas; los pueblos oyen y reciben su Evangelio: «Cuando yo fuere levantado de la tierra atraeré todo hacia Mí». El mundo se ha renovado, *et renovabis faciem terrae*. Era menester, para ello, que Cristo pasase por los oprobios y sufrimientos: *oportuit pati Christum*. Si el grano de trigo no hubiese sido sepultado en la tierra para morir allí, nunca la Iglesia hubiera recogido tan abundante y rica cosecha.

Ved ahí, amadísimos cooperadores, el secreto del éxito. ¡Oh! ¡Cuanto importa que nos penetremos hondamente de esta gran verdad! En los presentes momentos la sociedad está trabajada por una extraña dolencia, hállase presa de una febril agitación, bien así como un enfermo que se revuelve en medio de sus dolores. Es la fiebre de la impiedad que la agita y la atormenta. ¿Qué podemos esperar de Dios Nuestro Señor, cuando le plazca poner fin a estas frenéticas convulsiones? Seguramente no suscitará hábiles políticos, monarcas poderosos, estadistas y diplomáticos de gran valía; ni tampoco enviará profundos filósofos ni elocuentes oradores que conduzcan los pueblos con la eficacia de sus razonamientos o la magia de su palabra. ¿Qué hará, pues? Lo que en todos tiempos ha hecho cuando ha querido sanar las llagas sociales y devolver a los pueblos la vida moral. Suscitará apóstoles abnegados, sacerdotes, tal vez, sin humano pres-

tigio, sin nombre, pero fuertes, con la fortaleza de su fe y la santidad de su vida, lanzándoles con la cruz en la mano en medio de las naciones asoladas y carcomidas por el demonio del orgullo, de la codicia y de la sensualidad. *Id mensajeros veloces a la nación desgajada y despedazada, al pueblo terrible... a la nación esperanzada y conculcada cuya tierra la robaron los ríos.*

Diríase que estas palabras del vidente de Israel fueron pronunciadas con vista a los momentos actuales en que la sociedad corroida por el indiferentismo religioso de unos y destrozada por el laicismo y naturalismo desenfrenado de otros, se retuerce en espasmos de agonía y se hunde bajo el peso del egoísmo, de la inmoralidad y de la más espantosa anarquía. Diríase, sobre todo, que esta descripción profética de Isaías cuadra, por modo admirable, a nuestra desventurada Patria. Expulsado Jesucristo de la escuela, y de la enseñanza en general; del hogar y del matrimonio, de la cuna y del sepulcro, hoy nos encontramos al borde del abismo más profundo en que puede caer un pueblo: el desconocimiento de Dios en sus leyes y la expulsión de Jesucristo de la Constitución que es el mayor crimen religioso, político y social.

Y, ¿cómo se ha llegado a este estado de cosas? Sencillamente. Porque hemos dejado que el pueblo cristiano vaya olvidando e ignorando los derechos de Dios y de su Iglesia. «Ya es crecidísimo—decía el inmortal Pío X en su Encíclica «Acerbo nimis» sobre la

enseñanza del catecismo—y aumenta cada día más el número de los que todo lo ignoran en materia de religión, o tienen de Dios y de la fe cristiana concepto tal, que, en plena luz de verdad católica, les permite vivir como paganos. ¡Ay! Cuán grande es el número, no diremos de niños, pero de adultos y hasta de ancianos encorvados por la edad, que ignoran absolutamente los principales misterios de la fe y oyendo el nombre de Cristo responden: *¿Quién es para que yo crea en El?* De ahí el que tengan por lícito forjar y mantener odios contra el prójimo, hacer contratos iníquos, explotar negocios infames, hacer préstamos usurarios y constituirse en reos de otras prevaricaciones semejantes. De ahí el que muchos alimenten en sus almas los pensamientos más perversos y hagan el número de sus iniquidades mayor que el de los cabellos de su cabeza». Esta opinión concuerda enteramente con lo que Dios declaró por el profeta Oseas: *No hay conocimiento de Dios en la tierra, y el homicidio y el robo y el adulterio la han inundado toda; a la sangre se añade la sangre, por cuya causa se cubrirá de luto la tierra y desfallecerán todos sus moradores.*

He aquí, amadísimos sacerdotes, nuestra gravísima obligación, la tremenda responsabilidad que nuestro cargo pastoral nos impone. Hemos recibido en nombre y por autoridad de Jesucristo la sagrada ordenación; ha descendido sobre nuestras cabezas el Espíritu Santo; han sido ungidas nuestras manos con el

sagrado crisma; se nos otorgó el poder de atar y desatar, de predicar, de consagrar, para darlo a conocer a las almas, para llevar el hálito vital de su doctrina a las inteligencias y el fuego sacro de su amor a los corazones; para defender sus derechos y promover por completo su gloria.

Id, pues, os repetiremos con el Profeta Isaías, volad en aras de vuestro celo y, cual padres cariñosos, prodigad, a manos llenas, vuestros socorros y vuestros consuelos. Los pecadores os aguardan, los desgraciados os invocan. Desde la cátedra santa anunciad al pueblo, con libertad, el santo Evangelio; con severidad confundid al error; con dulzura atraed a los malvados, prodigad ampliamente el bien, sin esperar recompensa en la tierra. Cargados con la cruz sigamos al Maestro cuya bandera—teñida con sangre—tiene por lema: ¡humillación, sacrificio!

Dios lo quiere y vuestro Prelado os pide con el mayor encarecimiento que, en este santo tiempo de Cuaresma en que Nuestro Señor Jesucristo está propicio a derramar a raudales los beneficios de sus gracias, prediquéis, exhortéis y amonestéis *opportune et importune* a las almas encomendadas a vuestro celo. No basta que el fuego del amor divino arda en vuestros corazones; es menester que le déis salida para que sus sagradas llamas incendien y abrasen a todos los que os rodean.

Pensad con el Apóstol San Pablo que, si empleáis vuestras fuerzas y energías, si gastais vuestra salud y

vuestra vida entera en propagar y extender el reinado de Dios, en ganarle corazones, no hacéis con ello una obra de supererogación; cumplís una deuda, satisfacéis un deber ineludible: *por predicar el Evangelio no tengo gloria, pues estoy por necesidad obligado a ello y desventurado de mí si no predicare* Enorme y espantosa responsabilidad sería la vuestra, magna injusticia con vuestros hermanos, infidelidad imperdonable para con la Iglesia, si teniendo en vuestras manos la espada de la divina palabra, la administración de los sacramentos, todos los méritos de la sangre de Cristo, enterráseis tan preciosos tesoros; y siendo, como sois, la luz del mundo y sal de la tierra, dejárais que la inocencia se corrompa y las almas se condenen. Cada una de las almas de nuestra familia espiritual demanda nuestra solicitud; hemos de dar cuenta a Dios de la salvación o perdición de ellas, según aquellas solemnes palabras del Apóstol: *Ellos velan como que han de dar cuenta de nuestras almas.*

Es, por tanto, necesario luchar con las armas de una invicta fortaleza hasta el último aliento y oponerse como dique poderoso a ese torrente devastador que arrastra en su inmunda corriente la fe, las buenas costumbres y hasta las últimas ruinas del orden social. El día de vuestra ordenación fuisteis armados Caballeros de Cristo y, «cuando la causa de Dios peligrá,—son palabras del gran San Basilio—entonces, teniendo en nada todo lo demás, hemos de atender y mirar solo aquello».

Cierto que los tiempos son difíciles y que el ministerio parroquial es cada día más laborioso y complicado, y no es raro oír a sacerdotes activos y generosos exhalar este desaliento: «Decididamente me convenzo de que son inútiles y estériles mis esfuerzos, no se puede hacer nada; he puesto en juego todos los medios sin éxito; mi parroquia se va, es cosa desesperada». Lejos de vuestro ánimo, mis queridos Sacerdotes, este pesimismo profundamente nocivo; no olvidéis que delante de Dios no hay nunca ningún trabajo perdido; el éxito invisible que desde luego tenéis asegurado en el plan divino, no se manifestará exteriormente, sino en el momento en que plazca a la Providencia. Pero suponiendo que vuestro fracaso sea real, escuchad la respuesta que dió un día el santo Cura de Ars a un compañero, cuyas quejas se parecían a las vuestras: «Querido compañero: me aseguras haber hecho todo, sin omitir nada. ¿Estás seguro de ello? Tal vez has orado, has trabajado, pero ¿has hecho penitencia? ¿Has ayunado y velado?»

No me cansaré de repetirlo: ahí está el secreto del éxito de nuestra labor apostólica. Ministro de Jesús, no te forjes ilusiones; tu no podías ser salvador sino en las mismas condiciones que tu divino Maestro. Es menester, por lo mismo, que seas también *hombre de dolores*. La experiencia demuestra a todas luces que los frutos del apostolado están en relación directa con los sufrimientos del apóstol. Pablo es un vaso de elección que llevará el nombre del Señor por todas las na-

ciones y ante los mismos Reyes. *Vas electionis est mihi iste ut portet nomen meum coram gentibus et regibus.* Y, ¿por qué? Jesucristo nos lo enseña: *Ego enim ostendam illi quanta oporteat eum pro nomine meo pati.* Pues yo le mostraré cuánto conviene que padezca por mi nombre.

Si queréis, queridísimos colaboradores, que vuestra labor sea fructuosa a los ojos de Dios, observad fielmente estas condiciones que señala un celebrado asceta de nuestros días: 1.º Recurrid a Dios, con confianza, en las mayores dificultades de vuestro ministerio. El se ha dignado llamarnos, El nos envía; su causa es la que sostenemos: *Nolite timere... non est enim vestra pugna, sed Dei.* 2.º Uníos a Dios tan estrechamente como el instrumento a la mano que de él se sirve; de nuestra docilidad a los movimientos del Espíritu Santo depende el feliz resultado de nuestros trabajos. 3.º Referid a Dios las glorias de todo el bien que hayáis podido hacer, sin reservar nada; quizás obtendríamos mayores frutos dejando una libertad más amplia a la acción de la gracia. *Non nobis Domine, non nobis, sed nominituo da gloriam.* 4.º Sepamos sufrir y ofrecer nuestros padecimientos por las almas confiadas a nuestros desvelos. Nada brota y germina —bien lo sabéis— sino por el sufrimiento; a la sombra de la Cruz y bajo un rocío de lágrimas y de sangre crecen las obras de Dios. ¡Cuán honda y viva era la satisfacción que experimentaba San Pablo al contribuir con sus fatigas apostólicas a proporcionar al divi-

no Redentor esta especie de integridad suplementaria que El en su dignación quiso recibir de nosotros! *Ahora me gozo en mis padecimientos por vosotros y completo lo que falta de las tribulaciones de Cristo, en mi carne, por su cuerpo que es la Iglesia.*

Y por último, os añadiré, amadísimos colaboradores, asociad a vuestro apostolado algunas almas piadosas. En cada una de vuestras parroquias tendréis, a no dudarlo, algunas almas privilegiadas. Pedidles su cooperación, inspiradles la ambición santa de derramar en torno suyo y de comunicar a los demás, por el ardor de su caridad, por el fervor de sus plegarias y de sus sacrificios, el beneficio de las luces y gracias de que la bondadosa Providencia las ha colmado a ellas en abundancia.

*
* *

Buscad, sobre todo, la cooperación del Apostolado de los fieles por medio de la Acción Católica, que es el instrumento más poderoso que Dios ha puesto en vuestras manos, en los tiempos modernos, para recristianizar la sociedad y revalorizar los intereses de la Cruz en todos los aspectos de la vida. Ningún auxiliar más caracterizado y próximo al sacerdocio, ni ningún completo del ministerio pastoral más integral que éste, ya que «el ministerio de los seglares en ella, según decía el Papa al Cardenal Van Roey, en carta de 15 de agosto de 1928, no dista mucho del sacerdocio». Diríase que el Romano Pontífice se deleita en recalcar

esta idea, pues en la primera Encíclica «Ubi arcano» hizo a los Obispos este piadoso encargo: «Recordad a los fieles de Cristo, que cuando, con nuestra autoridad y la de nuestro clero, se esfuerzan en público y en privado por hacer conocer y amar a Jesucristo, entonces más que nunca, merecen los títulos de *linaje escogido, real sacerdocio, gente santa, y pueblo de adquisición*.

Conviene salir al encuentro de esta pregunta: ¿cómo pueden ser sacerdotes los seculares, toda vez que no pertenecen a ninguno de los grados del orden clerical? Oíd la respuesta. Todos los cristianos han sido, por el bautismo, separados del mundo infiel para ser miembros del cuerpo místico de Cristo y participar de su vida sobrenatural, y entrar a formar parte del *linaje escogido, del real sacerdocio, gente santa y pueblo de adquisición*, títulos con que distingue el Apóstol San Pedro a los fieles, adquiriendo un carácter indeleble que graba en sus almas y las transforma en imagen de Cristo y las consagra para siempre a su culto y servicio y les confiere el derecho y potestad de recibir o de hacer y administrar ciertos ritos generales del culto divino. Por la confirmación se les infunde con la plenitud del Espíritu Santo fuerza y valentía para confesar a Cristo con denuedo y para ser apóstoles de su fe y soldados esforzados de la milicia cristiana, fieles cumplidores de ese precepto que sintetiza toda la ley evangélica: el amor de Dios que

obliga a procurar su gloria y el amor al prójimo que obliga a trabajar por su salvación.

De esta suerte, por los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, todos los fieles deben considerarse deputados de algún modo al culto divino y, por consiguiente, se les hace partícipes, *de una manera general*, de la potestad de orden, es decir, de la potestad eclesiástica de ejercer las funciones del culto divino enderezadas a la santificación y salvación de las almas, pues como observa Santo Tomás: «Todo el rito de la religión cristiana se deriva del sacerdocio de Cristo, por el cual es evidente que el carácter sacramental es especialmente carácter de Cristo, a cuyo sacerdocio se asemejan los fieles por los caracteres sacramentales que no son otra cosa que ciertas participaciones del sacerdocio de Cristo derivadas del mismo Cristo». «De modo—prosigue el Angélico Doctor—que así como Cristo tiene plena potestad del sacerdocio espiritual, así sus fieles representan, se asemejan a El en cuanto participan de alguna potestad espiritual respecto de los sacramentos y de cuanto pertenece al culto divino».

Claro está que no en todos es igual esta participación. La de los verdaderos sacerdotes es *especial*, mientras que la de los simples fieles es *general*, y por ello reciben, mediante el Bautismo, la potestad de hacer lo que se refiere a su propia salud espiritual y, por la Confirmación la de hacer lo que pertenece a la pelea espiritual contra los enemigos de la fe. En este

sentido todos los cristianos son sacerdotes, de este modo debe entenderse el *regio o real sacerdocio* de que hablaba San Pedro. Poco antes de estas palabras podeis ver que el Apóstol llama a los fieles edificados sobre la piedra única de Cristo: *Casa espiritual para sacerdocio santo, para ofrecer hostias espirituales muy aceptas a Dios por Jesucristo*. Hostias espirituales, no la hostia única y verdadera que sólo es dado consagrar a los verdaderos sacerdotes. De donde se infiere, que todos los fieles están obligados, por razón de su carácter de cristianos, a cooperar al apostolado, es decir, a la *misión* divina del sacerdocio de Cristo, que no es otra que la santificación y salvación de las almas, entrando a formar parte de los cuadros de honor de Acción Católica. Así lo declaró explícitamente el Papa a los Cardenales en solemne ocasión: «La Acción Católica es absolutamente necesaria y se ha de contar entre los principales deberes del oficio pastoral y de la vida cristiana».

Por eso, en aquella Carta Pastoral que os dirigimos sobre *La Redención*, os exhortábamos, V. H. y a. h., a trabajar todos intensamente en las actividades desplegadas por la Acción Católica, casi recién nacida entonces y que comenzaba a ensayar tímidamente sus primeros balbuceos. Y ahora plácenos tender una mirada retrospectiva para abarcar así en una vista de conjunto lo que hasta el presente hemos realizado y no puede ser, por cierto, más consolador el hermoso panorama que a nuestros ojos se ofrece.

Ante ellos van pasando, en ordenado desfile, las dos tandas de Ejercicios de cuarenta jóvenes cada una, en las cuales éstos, dando de mano, por unos días, a sus tareas, a sus distracciones y a sus ilusiones de conquistar un venturoso porvenir material, recogieron-se en la «Casa» que, en la falda de nuestra admirable sierra tenemos destinada exclusivamente para ello y allí, lejos del tráfago y bullicio mundanal, dedicáronse con tesón santo a nutrir e ilustrar sus inteligencias con la luz de las verdades eternas y a tonificar y robustecer su voluntad con las resoluciones tomadas al calor de la gracia divina.

Fruto particular y especialísimo de aquellos santos ejercicios fué la determinación, entonces tomada, de luchar denodada y eficazísimamente contra una de las plagas que más afligen hoy a las sociedades católicas: la ola de lujuria e inmoralidad que, como de sentina inmunda, se derrama de las pantallas cinematográficas, inoculando el virus ponzoñoso en las conciencias de todos, pero singularmente en la de los niños y de los jóvenes, más expuestas, por más tiernas, a quedar para siempre deformadas; determinación que los fervorosos impulsores de esa idea han logrado hacer cristalizar, tras de no pequeños esfuerzos, ni cortos desvelos, en la juvenil revista «Afanés» que, desde sus páginas vibrantes de entusiasmo, va ilustrando todas las inteligencias con seguridad de criterio en todo cuanto a la moralidad o inmoralidad del cine se refiere, a la vez que sirve magníficamente de vínculo de unión en

tre los Centros de Juventudes Masculinas de nuestra amada Diócesis, haciendo vivir más espléndidamente entre todos la caridad, exponente el más fiel de la catolicidad.

Ni se quedaron atrás las Juventudes Femeninas, pues también ellas, sintiendo arder en sus almas el celo por la gloria de Dios y la santidad de la Iglesia, acometieron la ardua empresa de organizar una «Semana» contra el cine inmoral, en la que ellas mismas, venciendo su natural timidez, supieron, con sus palabras, comunicar a las demás su propio entusiasmo y arrastrarlas a laborar sin descanso en la loabilísima empresa de dignificar el cine español. Los frutos preciados de esta campaña de unos y otros pusieron enseguida de manifiesto y, por la misericordia de Dios, siguen manifestándose.

Apenas terminado el verano, reanudaron las jóvenes con más vigor sus actividades, que no estuvieron ociosas en ese periodo, pues no pocas de ellas, así como elementos destacados de la Juventud Masculina acudieron con la Presidenta de la Junta Diocesana de Mujeres Católicas, a los cursillos celebrados en Santander. Primera manifestación de estas actividades fué el «Cursillo» por ellas organizado en nuestra Capital, con numerosa asistencia de los pueblos de la Diócesis, en el que, atentas al doble fin que Acción Católica persigue y bajo la dirección de dos experimentados sacerdotes, aprendieron a ser apóstoles de las demás, santificándose primero a sí mismas, con ejercicios de

piedad y sabrosas meditaciones, a la vez que acrecentaban sus conocimientos y templaban sus voluntades para emprender luego animosamente sus fructuosas correrías apostólicas. Digno coronamiento de aquel Cursillo fué la solemne bendición de su espléndida bandera y el juramento de defender la causa de Cristo, prestado por sus afiliadas en la solemnísimas fiesta de Cristo Rey, cuyo recuerdo quedará indeleble en los corazones de todos los asistentes.

No se habían apagado aún en el aire los ecos de aquel entusiasmo, cuando ya lo llenaban los de la asamblea que, poco después, celebraban las Señoras, llena el alma del mismo fuego espiritual. Mucho pudiera decirse del fervor, entusiasmo y asistencia de las afiliadas que, durante varios días, estuvieron saturando sus inteligencias de enseñanzas y robusteciendo sus voluntades para no cejar en la labor emprendida pese a todos los obstáculos que hubieren de encontrar en su camino. Si no temiéramos dar demasiada extensión a esta Nuestra Carta Pastoral, gustosísimos copiaríamos aquí las conclusiones eminentemente prácticas y magníficamente orientadas de las diversas secciones. Púsose una vez más de relieve en dicha Asamblea la honda raigambre que en las Señoras Católicas Cordobesas tiene el espíritu cristiano que, por serlo, hace fecundas todas las obras que bajo su influjo se llevan a cabo y que están produciendo tan sazonados frutos en la creación de escuelas de niñas jovencitas, principalmente, que andando el tiempo habrán de ser

el fermento que ha de sazonar la masa social para que todas ellas sean un riquísimo pan de Cristo y que, abandonadas a sí mismas, sin esta natural solicitud, serían el principio de corrupción, veneno activísimo que acarrearía la pronta disolución de la moralidad en los hogares y en las familias. Han creado también en este curso los secretariados de Religión, Enseñanza, Madres de familia, Beneficencia y las secciones de Organización y Propaganda. Tienen constituidos los Centros parroquiales en la Capital y en 49 pueblos. Envían una circular con los acuerdos tomados mensualmente en la Junta que celebra la Unión Diocesana con la Presidenta de la parroquia y un cuestionario cada trimestre para que se den cuenta de sus trabajos. De esta manera va extendiéndose su magnífica organización con vigorosas raíces y fuerza pujante y arrolladora por toda la Diócesis.

Y, junto a ésta, la labor callada, pero fecunda de los Caballeros, cooperando, al igual que las Señoras, con la creación de escuelas parroquiales, a que no falte nunca el pan de la enseñanza cristiana a los pobres, a los desvalidos, a los desheredados de la fortuna. Mas no creáis que con estas y otras obras de celo desatienden la propia formación espiritual intensa, necesaria, hoy más que nunca por cuanto empuja a la disipación el continuado ajetreo de la vida moderna. Antes al contrario, pudiera decirse que tales obras exteriores no son sino la espontánea floración del germen espiritual oculto en el interior de las almas y cui-

dadosamente cultivado en los cotidianos actos de piedad, en los retiros mensuales y en los ejercicios espirituales practicados cada año con ejemplar fervor. ¿Qué extraño, pues, que tales almas así forjadas y templadas en la fragua del amor de Dios pongan en la sociedad atea y amoral una nota distintiva de catolicismo práctico, no recatándose de asistir a todos los actos públicos del culto, tales como procesiones, Viáticos y dando con ello testimonio inquebrantable de su fe en Jesucristo y adhesión firmísima a la Iglesia Católica? Conforta el alma ver a esos mismos caballeros que tantas pruebas de virilidad y entereza de carácter dado en sus públicas relaciones arrodillados a los pies del Divino Prisionero del Sagrario en el retiro amable de la Iglesia para pedirle el valor necesario a fin de cumplir cotidianamente, con entereza, sus deberes de católicos.

Pero no es esto todo, ya que las cuatro ramas de Acción Católica rivalizan entre sí en la hermosa tarea de organizar círculos de estudios, donde templan los aceros de su espíritu para la gran obra de su apostolado que están llamados a realizar. Bien reciente está el provechosísimo Cursillo para los directivos dado por un Sacerdote de la Casa del Consiliario de Madrid, especializado en estas materias. La impresión que se llevó no pudo ser más optimista y halagadora. Córdoba, nos decía con espontánea sinceridad, tiene elementos en las cuatro ramas, capaces de hacer figu-

rar la Acción Católica diocesana a la cabeza de todas las organizaciones españolas.

Ciertamente, V. H. y a. h., que al ver esta magnífica floración, al considerar que todo ello, pudiéramos decir, que ha brotado de la nada, al conjuro mágico de la palabra de Dios a todos comunicada por los labios autorizados del Vicario de Jesucristo, el ánimo se conforta y la lengua espontáneamente se mueve a alabar a Dios Nuestro Señor que tan recia y hondamente hizo arraigar la fe en las entrañas del pueblo español que, al suave soplo de las primeras auras primaverales, ha germinado copiosamente en tan buenas obras.

Mirando atrás, a lo que llevamos hecho, hay motivos más que suficientes para alegrarse en la realidad presente y para confiar en una futura esperanza. Pero mirando al porvenir, contemplando lo inmenso del campo que está por espigar, pensando en lo muchísimo que nos falta por hacer, hay asimismo motivos, si no de desaliento—porque el desánimo no reza con las obras de Dios—pero sí para que nos convenzamos que no es hora de dormirnos sobre los laureles conquistados, sino para seguir poniendo el oído atento a las exhortaciones de Cristo que, como en otro tiempo al parálítico, nos dice también a nosotros: *levántate y anda* que es muy larga la jornada y aún dura el caminar. Es preciso que no decaigamos en nuestro empeño, es necesario que éste sea perseverante y tenaz; hemos de seguir siempre adelante con gran fe en el

ideal, pero sin apartar la mirada de la realidad todavía dura y penosa que nos rodea, a fin de intensificar nuestro esfuerzo para que, a la par, se intensifique también nuestro rendimiento.

Por ello, precisamente, para examinar lo que hemos hecho en el pasado y trazar planes para el futuro, para contrastar los proyectos que en este lapso de tiempo se han forjado con las lecciones de la experiencia recogida durante todo este periodo, queremos convocaros a una magna Asamblea de todas las ramas de Acción Católica de la Diócesis en fecha no lejana y que oportunamente os anunciaremos. En esa magna reunión hemos de confortarnos mutuamente, al hacer el recuento de las propias fuerzas; nos bañaremos en el santo optimismo que florece de la caridad fraterna que se acrecentará y acrisolará más en nosotros; caridad que ha de ser el impulso inicial de todas cuantas empresas acometamos, caridad que será a manera de principio vital que animará todos nuestros actos. Allí reunidos y puesta la mirada en el ideal de recomenzar la misma empresa que emprendieron los Apóstoles, trazaremos amplios planes para el porvenir. Tenemos un ejército guerrido y disciplinado, curtido en cotidiano batallar; tenemos un estandarte bajo el cual agruparnos, tenemos un caudillo infalible que nos conduce al combate. ¿Qué nos falta? Sencillamente querer.

El árbol plantado en la persona de Jesucristo extiende su benéfico influjo a todos los confines de la

tierra. La savia vivificante de su sacerdocio sube de la médula del tronco a las ramas, que son sus sacerdotes y llega hasta las mismas hojas, merced a esta cooperación de los seculares al apostolado de la Jerarquía que es la Acción Católica, formando así esta unidad maravillosa que solamente se da entre nosotros los católicos y que nos hace en cierto modo partícipes de aquella fuerza divina del Apostolado personal de Jesucristo.

Es necesario, pues,—conviene repetirlo muchas veces—no desmayar ni decaer un punto en la lucha; porque si los que se adiestran en el estadio, no perdonan fatigas, ni se arredran ante ningún sacrificio, ni temen el trabajo, y todo ello por la ambición mezquina de una fragil guirnalda del laurel que momentáneamente ha de marchitarse, ¿cual debe ser nuestra conducta cuando vemos brillar en lo alto de una inmortalidad perenne la corona espléndida de la eterna bienaventuranza? Quizás el excesivo confiar en nuestras pasadas victorias nos hizo caer en una muelle inactividad, y dejándonos adormecer por sus blandas caricias, no nos dimos cuenta que entretanto, iba el enemigo minando solapadamente nuestras posiciones que, al cabo, hundiéronse estrepitosamente arrastrándonos entre sus ruinas.

Que la triste lección de esta experiencia nos sirva para lo sucesivo; que nuestra vida sea una perfecta milicia, volviendo de cuando en cuando la vista atrás para confortarnos en los triunfos logrados, pero sin

dejar de mirar adelante al inmenso campo que nos queda por espigar, trabajando, sin tregua, ni descanso hasta que de labios del Salvador divino merezcamos oír aquellas consoladoras palabras: *Euge serve bone, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium Domini tui*. Ea, siervo bueno, pues fuiste fiel en lo poco, yo te colocaré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor. Así sea, Venerables Hermanos y amados hijos y recibid la bendición pastoral que, del fondo del alma, os damos en el nombre del † Padre y del † Hijo y del † Espíritu Santo. Amén.

Córdoba 26 de Febrero—Miércoles de Ceniza—
de 1936.

† **Adolfo**, OBISPO DE CÓRDOBA.



Léase a los fieles, en tres o más días, esta Nuestra Carta Pastoral en todas las Iglesias y Capillas públicas de la Diócesis.

Disposiciones para la Santa Cuaresma y cumplimiento pascual

Con el fin de proveer mejor al bien espiritual de los fieles, Nos ha parecido muy oportuno recordar a los Rvdos. Sres. Curas Párrocos, Ecónomos y Encargados de Parroquia, las siguientes disposiciones, prometiéndonos de antemano su más exacto cumplimiento:

1.^a En virtud de privilegio que Clemente VII concedió a España, confirmado por S. S. el Papa Pío XI en 18 de Noviembre de 1925 y de las facultades que nos concede el canón 859, § 2.º, el plazo hábil para el Cumplimiento pascual en nuestra amada Diócesis comienza el Miércoles de Ceniza y termina el Domingo, fiesta de la Santísima Trinidad.

2.^a Durante este plazo, el nuevo Código, canón 899, § 3, concede a los Párrocos y a los que hacen sus veces, facultades para absolver de los pecados reservados al Ordinario, y Nos la concedemos también a todos los demás sacerdotes que estén habilitados para oír confesiones en nuestra Diócesis.

3.^a Con toda diligencia se pondrán en los padrones parroquiales, debidamente formados de antemano, la anotación correspondiente de todos los feligreses que cumplan con la Iglesia, y, durante las dos semanas siguientes al Domingo de la Santísima Trinidad, se enviará a nuestra Secretaría de Cámara un estado exacto de los que hubiesen cumplido con tan santo y apremiante precepto.

4.^a Para facilitar el cumplimiento de lo que se ordena en la disposición precedente entréguese a cada uno de los que comulguen la correspondiente cédula, advirtiéndoles que la conserven y que, consignados en ella su nombre, apellidos y domicilio, la lleven después a su respectivo Párroco.

5.^a Como quiera que muchos fieles, en vez de cumplir con el precepto pascual en su propia Parroquia, lo que sería muy laudable, cumplen en las iglesias de religiosos, es nuestro deseo que en ellas se les provea, al comulgar, de la indicada cédula de cumplimiento, a fin de que puedan acreditarlo después ante sus respectivos Párrocos.

6.^a Dentro del plazo hábil para el Cumplimiento pascual y en la ocasión más propicia, en todas las Parroquias se leerá y se explicará a los fieles el decreto *Quan singulari* de Su Santidad Pío X, sobre la edad en que los niños tienen obligación de comulgar, el cual decreto, traducido al castellano, se encuentra en el BOLETÍN ECLESIASTICO del año 1910, página 449.

7.^a Esfuércense nuestros amadísimos cooperadores en deshacer ciertas dudas y preocupaciones funestísimas, para que todos los niños, al llegar al uso de razón, es decir, a los siete años aproximadamente, se acerquen a recibir el Pan de los Angeles, después de haberlos preparado bien con instrucciones catequísticas y ejercicios espirituales

apropiados, desplegando en las fiestas de primera comunión la mayor solemnidad posible y desterrando de ellas las galas, adornos y prácticas profanas que absorben la atención del niño con lamentable daño de su espíritu.

8.^a Todos los días de Cuaresma y en todas las Parroquias, a la hora más conveniente, según la índole de cada feligresía, se tendrán los tradicionales y provechosos Ejercicios Cuaresmales, tan arraigados en esta Diócesis, en los que, además de apacentarse a los fieles con la predicación substancial, breve y sencilla de la divina palabra y con la explicación clara, precisa y amena del Catecismo, se recitará el santo Rosario y se practicará algún piadoso ejercicio, como meditación, Via-Crucis, examen para confesión, etc., y respecto a las «Haciendas y Cortijos», encarecemos con el mayor interés se cumpla, especialmente durante la Santa Cuaresma, lo que se manda es el canon 84 del novísimo Concilio Provincial Hispalense.

9.^a Rocomienden también nuestros celosos y amados cooperadores al pueblo fiel el deber de pasar santamente la Cuaresma absteniéndose en ella de diversiones y recreaciones, aun de las lícitas; la necesidad de mortificarse y hacer penitencia exterior e interior y especialmente la obligación grave de cumplir la santa ley del ayuno y de la abstinencia, tan mitigada hoy por la benignidad de nuestro Santísimo Padre Benedicto XV, y exhorten a los fieles a que se provean de la Santa Bula de Cruzada, mina riquísima de indulgencias y gracias espirituales.

10.^a Prohibimos terminantemente a los Rvdos. Párrocos, Ecónomos y demás encargados en la cura de almas, así como a los Coadjuutores, que bajo ningún pretexto se ausenten de sus respectivas residencias durante el santo tiempo cuaresmal, a no ser por causa grave y de toda urgencia, y esto con las formalidades prevenidas en varias circulares.

11.^a En cumplimiento de lo que se ordena en el *Motu proprio* «*Sacrorum Antistium*», todavía en vigor, según decreto de la S. C. del Santo Oficio de 22 de Marzo de 1918, todos los predicadores cuaresmales, así del clero secular como del regular, que hayan de desempeñar tan sagrado ministerio en nuestra Diócesis en la próxima Cuaresma, prestarán el juramento contra los errores del Modernismo, bien ante nuestro Vicario General, bien ante el señor Cura de la parroquia en la que hayan de predicar la divina palabra.

12.^a Por último, para fomentar la piedad de los fieles concedemos cincuenta días de indulgencia a cuantos asistan a cualquier acto de los Ejercicios Cuaresmales, y mandamos a los Rvdos. Párrocos, Ecónomos y Encargados de Parroquia, den a conocer a sus feligreses estas disposiciones en la parte que a ellos les corresponda saber.

Córdoba 25 de Febrero de 1936.

† **El Obispo,**

Año LXXIX

FEBRERO DE 1936

Núm. 3

BOLETÍN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE CORDOBA



SUMARIO

Carta Pastoral del Excmo. Sr. Obispo con motivo del Santo tiempo de Cuaresma.—Disposiciones para la Santa Cuaresma y cumplimiento pascual.

CORDOBA

IMP. «EL DEFENSOR», AMBROSIO MORALES, 6